

A un amigo

Conozco el extraño despertar de que me escribes, el ansia escrutadora de lo inefable y el deseo insaciado de lo eterno. Como tú vi amortiguarse, una mañana, los resplandores que divinizan las cosas de la tierra y sentí la angustia de un llanto sin lágrimas al reparar en las horas malgastadas en la ingenua adoración de lo creado. No temas, pues, que el enternecimiento que a los demás tan celosamente ocultas, provoque mis sonrisas; el hombre que anhelando encontrar la meta de su destino, la busca con sinceridad y al no encontrarla gime, merece ser respetado en su amargura.

Dices que has leído y pensado con una especie de fiebre enloquecedora, hallando al cabo de amargas vigili-
as y dolorosos desvelos más negras y más impenetrables las tinieblas que te rodean ¿y acudes a mí?. Presumes que he logrado emanciparme de toda inquietud perturbadora, porque has notado en mi semblante, no sabes si paz, indiferencia o desdén; algo revelador de una calma no turbada. Quiero dejarte en la creencia de que poseo, por suerte mía, un filtro maravilloso. ¿Acaso te haría más feliz rechazando lo que tan generosamente me concedes?. Mas como te veo ansioso de la tranquilidad que da la indispensable medida a los actos de la vida, empezaré por indicarte lo que, a mi juicio, de ella está por apartarte. No es la razón una diosecilla encanijada y estéril como tú la apodas, sino un admirable instrumento muy dúctil muy flexible que si, muchas veces, no satisface nuestros deseos, es porque le exigimos más de lo que en su poder está, desconociendo su uso acertado y natural alcance. Vano, irremediabilmente vano es el anhelo de penetrar en lo recóndito de las cosas. Todo lo que nos rodea es de una fugacidad vertiginosa. ¿Quién hay que con esperan-

za de ser obedecido se atreva a pedir al torbellino de lo visible que se detenga? La razón humana, espejo aunque no inerte, del mundo reflejará necesariamente el perenne movimiento: lo estable y substancial podrá ser percibido en forma limitada, mas la comprensión absoluta de lo existente, solo es concebible en una mente divina; y el hombre está muy lejos de perfección tan alta.

Pero ¿será, por ventura, necesario el conocimiento comprensivo del universo para determinar la norma de la conducta humana? ¿Acaso es menester que la naturaleza llene de luz sus abismos para sentir su existencia? ¿Es menos real la flor para la ignorante doncella que se regala con su perfume que para el naturalista que la desmenuza, hasta conocer su estructura? ¿No puedes concebir que tu mente sea juguete de un quimerista sin entrañas? Yo tampoco. Si sospechas que debajo de lo deleznable y caduco hay algo que perdura, si piensas que es absurda una infinita contingencia, si faltándole la certeza de lo absoluto y necesario, no sabrías dónde colocar el norte de tu vida ¿que esperas para decidirte? Esa misma razón, por ti menospreciada, sin guardarte rencor por tus ofensas te señalará la ruta, si, serenamente, la consultas.

Recógete un instante para contemplar la indestructible unidad de tu conciencia a pesar de los innumerables actos que realiza con la misma fugacidad de las demás cosas mundanas.

¿Pudiste, no digo siempre, muchas veces, siguiendo el curso de tus propias acciones vislumbrar su esencia? Sin embargo no has de dudar que tú las realizas y frecuentes, con un fin establecido.

Ahora bien, si, como todos repiten, el hombre es un mundo en pequeño, esfuerzate en sacar de esa analogía una explicación del universo, no con el propósito de llenar una vanidosa aspiración, meramente especulativa, sino para dar la firmeza de lo irrevocable a los actos de tu vida.

Esa luz interna siempre viva, y esa fuerza siempre en movimiento que caracterizan tu conciencia te dan la noción de lo estable y permanente de tu sér, haciéndote per-

cibir tu absoluta identidad en cada momento del tiempo y en cada punto del espacio; lo que has sentido, lo que has pensado, lo que has querido pasó sin esperanza de retorno, su existencia precaria y transitoria fué absorbida por la eternidad devoradora.

La causa de esos actos subsiste todavía, pero los actos mismos fueron arrebatados por la incontenible corriente que se vuelca en lo insondable.

Si luego consideras que, no obstante tu estabilidad presente, nada hallas en tí, que de un modo absoluto y necesario te induzca a pensar que seas indestructible, por más que sientas el anhelo y como la seguridad de una supervivencia futura, confesarás sin violencia, y hasta con cierta modestia resignada ¿no es verdad? que no debiste ser tú la causa sin principio de todo lo existente.

¿Te será muy dificultoso admitir que es otra la fuente de lo visible, que tu voluntad y pensamiento podrían ser como el reflejo de un pensamiento y una voluntad infinitamente superiores? Tal vez juzgues que me he impuesto una tarea inútil al repetirte algo muy semejante a lo que, otras veces, has oído. Si tan al alcance estuviera, dirás, la solución de tan arduo problema, no lloraría la humanidad su fe perdida ni buscaría los fundamentos de su moral en lo inseguro y perecedero, pensando que las huellas de esa soberana razón impresas en la razón humana, bastarían para señalar a los hombres su camino. Bion sé que no basta una mera analogía para dar solidez a una demostración, pero no fué mi objeto demostrar, sino dar pábulo a tus meditaciones, mostrándote la senda que he seguido.

Repasa los argumentos ya célebres sobre este tema, con el deseo de ver.

Mas si los ratiocinios que determinan la necesidad de una causa primera no llenan tu espíritu, si de lo contingente no te atreves a deducir lo necesario, si, por último ninguna de las demostraciones metafísicas te satisface, aunque sepas que las leyes del pensamiento son tan objetivas como las leyes físicas, no te restan más que dos

caminos: la negación ó la fe. Habrás advertido que de propósito no te hablo de suspender el juicio. El hombre que anhela poseer una norma estable de conducta no debe, no puede permanecer en continua fluctuación. El escepticismo engendra irresolutos; y no es tan largo el espacio de la vida que nos permita entretenernos en infecundas cavilaciones. De un lado tienes la amoralidad franca, resuelta, cínica, si quieres; por el otro, el sometimiento a una ley eterna e inflexible: elige.

Pascual Passarella.
